

MONS. RAFAEL ZORNOZA. HOMILIA EN SOLEMNIDAD DE  
LA EXALTACION SANTA CRUZ  
Catedral de Cádiz. 14 septiembre 2022.

La Exaltación de la Santa Cruz es la fiesta titular de la Santa Iglesia Catedral de Cádiz, conocida como la Catedral de la "Santa Cruz sobre el mar" o "Santa Cruz sobre las Aguas", que fue ungida por el Santo Crisma en 1838 al ser consagrada por el obispo Fray Domingo de Silos Moreno. La presencia de una reliquia de la Vera Cruz, de un *Lignum Crucis*, presidiendo nuestro altar nos obliga aún más a celebrarlo y venerarlo.

Recordemos, pues, y honremos hoy la Cruz en la que murió nuestro Señor Jesucristo, que evoca el misterio del amor divino, entregado sin medida para redención de todo el género humano. Cada celebración en este templo insigne recuerda que la cruz de Cristo es la cruz "en la que se muere para vivir; para vivir en Dios y con Dios, para vivir en la verdad, en la libertad y en el amor, para vivir eternamente", como afirmó San Juan Pablo II. La Cruz "es ensalzada y venerada como trofeo pascual de su victoria y signo que aparecerá en el cielo anunciando a todos la segunda Venida" (elogio del Martirologio Romano). Es, por tanto, una celebración gloriosa del misterio de la cruz, que siendo instrumento de ignominia y de suplicio, Cristo transformó en instrumento de salvación.

La cruz es un signo controvertido desde Cristo hasta hoy. Pero ¿por qué la cruz, si el cristianismo proclama un mensaje de amor? San Pablo hablaba de falsos hermanos que querían abolir la cruz: "Porque son muchos y ahora os lo digo con lágrimas, que son enemigos de la cruz de Cristo" (Flp 3, 18). Nos cuesta comprender un fracaso y humillación, pero la fuerza de Dios es el camino escogido por el Señor para morir con Él y resucitar.

San Pablo (Filp2,6-11) contempla la cruz como el motivo de la mayor "exaltación" de Cristo: "Se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es SEÑOR para gloria de Dios Padre". También el Evangelio habla de la cruz como del momento en el que "el Hijo del hombre ha sido levantado para que todo el que crea tenga por Él vida eterna"; y nos recuerda el significado de este gran misterio: "Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que todo el que crea en Él no perezca sino que tenga vida eterna". (Jn 3, 16). Sólo se explica con la medida del Amor divino. Jesús la ha querido para mostrarnos su amor y su solidaridad con el dolor humano. Para compartir nuestro dolor y hacerlo redentor.

El Hijo de Dios se hizo vulnerable, tomando la condición de siervo, obediente hasta la muerte y una muerte de cruz. Por su Cruz hemos sido salvados". Cristo mismo, conversando con Nicodemo, revela el significado del milagro del desierto aplicando a su Cruz la salvación que obtuvo Moisés en el desierto.

La cruz es el símbolo del cristiano y la síntesis del Evangelio, que nos enseña cuál es la auténtica vocación de cada persona. Es el signo de nuestra reconciliación con Dios, con nosotros mismos, con la humanidad y con todo el orden de la creación en medio de un mundo marcado por la ruptura y la falta de comunión. San Pablo resumía el Evangelio como la predicación de la cruz (1 Cor 1,17-18): "Así, mientras los judíos piden milagros y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles, mas para los llamados en Cristo fuerza de Dios y sabiduría de Dios" (1Cor 23-24). En efecto, es la señal del cristiano y la fuerza de Dios para nosotros. Cristo, sin embargo, tiene muchos falsos seguidores que lo buscan sólo por sus milagros. Pero Él no se deja engañar, (Cf. Jn 6, 64); por eso advirtió: "El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí" (Mt 7, 13). No obstante, "la predicación de la cruz es locura para los que se pierden... pero es fuerza de Dios para los que se salvan" (1 Cor 1,18),

Hermanos: ver la cruz con fe nos salva. Jesús dijo: "como Moisés levantó a la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado (en la cruz) el Hijo del hombre, para que todo el que crea en Él tenga vida eterna" (Jn 3, 14-15). Al ver al crucificado, el centurión pagano se hizo creyente; Juan, el apóstol que lo vio, se convirtió en testigo (cf. Juan 19, 35-37). La cruz es, pues, el camino a la gloria, el camino a la luz. "¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria? (Lc 24, 25-26). El que rechaza la cruz no sigue a Jesús (Mt 16, 24).

Nuestra razón nunca va a poder vaciar el misterio de amor que la Cruz representa, pero: «no es la sabiduría de las palabras, sino la Palabra de la Sabiduría lo que San Pablo pone como criterio de verdad, y a la vez, de salvación» (S. Juan Pablo II, *Fides et ratio*, 23). La cruz sí nos puede dar la respuesta última que todos buscamos.

Vivamos, pues, el camino de la paciencia que brota de la cruz: en las dificultades, en el sufrimiento de la enfermedad, en la persecución. Pidamos esta virtud —la *Hypomoné*—, que es soportar en la vida el trabajo de todos los días: las contradicciones, las tribulaciones, las humillaciones. No olvidemos que el martirio es un estado habitual de los testigos de Cristo. "Ayudar a Cristo a llevar la cruz proporciona una alegría fuerte y pura" —decía Santa Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein)—. Es una bendita "locura" que inunda el corazón de gozo. No la rehuyamos. Cristo sigue compartiéndola con nosotros y nos ayuda a llevarla con su gracia. Que un día no nos tenga que decir lo que le dijo al Padre Pío: "Casi todos vienen a Mí para que les alivie la cruz; son muy pocos los que se me acercan para que les enseñe a llevarla". "Poned los ojos en el Crucificado y se os hará todo poco...", manifestaba santa Teresa de Jesús.

Junto a la cruz transfigurada y exaltada por la resurrección, bebamos la gracia de la salvación. Agradecidos y con alegría nos acercamos al "árbol de la vida" de donde brota la salvación. Abrazados a la cruz, abracemos a Cristo, el resucitado que fue clavado en ella.

La señal de la Cruz nos dice cuánto nos ha amado Dios; y que, en el mundo hay un amor más fuerte que la muerte, más fuerte que nuestras debilidades y pecados. El poder del amor es más fuerte que el mal que nos amenaza. Éste es el misterio de la universalidad del amor de Dios por los hombres.

Ante la cruz del Señor pidamos hoy por todos los que sufren, los crucificados de hoy, y los cirineos que ayudan a llevarla. Unámonos a la adoración que en todas las ciudades de Europa se hace hoy pidiendo por la paz en Ucrania. También por nuestros familiares y amigos, por los enfermos y agonizantes, por los excluidos de la sociedad, emigrantes y refugiados. Oremos por la Iglesia perseguida. Y por el viaje apostólico del Papa a Kazajistán.

Al besar la reliquia del *Lignum Crucis* que aquí se venera digamos al Señor: Gracias, Señor, por la victoria del amor que eleva nuestra mirada al cielo. Que en todo momento hagamos con sentido la señal de la cruz que ahuyenta las tentaciones y ordena nuestro interior, deseos y afectos, para hacer, en todo, tu voluntad. Libranos con ella de los peligros y defiéndenos. Que sea la brújula que oriente nuestros pasos y como una consagración a ti de cada una de nuestras personas. AMEN